

La oscuridad visible.

John Martin 1789-1854

Lois Valsa

En medio de la quijotosis oficial y de la quijotitis paraoficial y popular que nos ha invadido últimamente siempre se agradece la aparición de alguna exposición «rara» que, al salirse de lo trillado una y otra vez, sea capaz de despertar nuestra cada vez más adormilada capacidad de asombro. Creo que ese podría ser el caso de esta exposición sobre el artista romántico inglés John Martin presentada en el Centro Cultural Conde Duque y en la Calcografía Nacional de Madrid del veinticuatro de abril al veinticinco de junio de 2006. Luego irá al Museo Bellas Artes de Bilbao. Sus ciento ochenta y nueve piezas proceden de la colección Campbell, cuyo propietario y único prestador, el anticuario Michael J. Campbell, es también un experto en su obra, que comenzó a coleccionar siendo aún adolescente, además de comisario de la exposición y autor de todas las fichas de las obras ahora exhibidas.

Esta es la primera exposición monográfica de uno de los máximos representantes del romanticismo europeo y figura clave de la estética de lo sublime. Esta impresionante exhibición, en la que aparecen auténticas obras maestras del arte gráfico del siglo XIX, nos permite recuperar a un artista casi olvidado, pero que en su tiempo llegó a eclipsar a otros grandes artistas como Turner o Blake. La mayoría de las obras de esta importante muestra son grabados a la manera negra, aguafuerte, buril o litografías, pero también acuarelas, libros, dibujos y un plato cerámico; e incluso en ella va incluida una rigurosa selección de obras de sus innumerables seguidores e imitadores en Europa y América del Norte, entre los que se debería señalar al escocés David Roberts, quien ayudó a crear la imagen romántica de España. La exposición se complementa con un libro que es una obra editorial y académica de alto nivel (bilingüe, de 640 páginas con reproducciones y estudios de todas las creaciones gráficas de Martin).

Esta imprescindible exposición, cuyo subtítulo *La oscuridad visible* hace referencia a un verso de Milton de *El Paraíso Perdido*, obra que Martin ilustró dándole una nueva dimensión visual, está muy bien organizada didácticamente en diecisiete apartados que nos muestran su evolución estética, o sea la trayectoria del artista desde sus primeras acuarelas y aguafuertes hasta sus más sublimes composiciones a la manera negra. Este estilo gráfico de Martin, la manera negra o *mezzotinta* de sedosas luces y medias luces que afloran del profundo granado negro, se puede observar, en imágenes tan originales como sus pinturas, en la mayoría de las obras exhibidas, especialmente en la fantasía escénica, más que imaginativa, de las menos pobladas y más centradas en los elementos naturales. En las retinas quedará grabado por un tiempo el ilusionismo escenográfico de esta «sublime oscuridad visible» que logra momentos buenos con *El Festín de Baltasar* y *Las Caídas de Nínive y Babilonia*, y culminantes con la miltoniana *Satán presidiendo el Consejo del Infierno* o *El gran día de la ira* de *La Trilogía del Juicio Final*. Si bien su efecto melodramático puede rozar a veces lo cómico, mucho más desde luego en el contexto actual, y después de ver películas de C. B. de Mille y Griffith, se nos acaba imponiendo la gran maestría de sus impactantes escenarios épicos, donde primaba más el contorno que la propia psicología de sus personajes. Así podremos llegar a sentir la presencia sobrenatural y la conmoción espiritual que tanto arrebató a las multitudes –alguna obra tuvo que ser incluso protegida– que la visitaron en su época.

Otros apartados de la exposición no tan impactantes como la manera negra pero no por ello menos relevantes son su primer libro de dibujo ilustrado («Tipos de árboles»), o su segunda serie gráfica sobre una gran mansión («Sezincot House»). O las numerosas acuarelas monocromas con escenas de paisajes genuinamente románticos del periodo comprendido entre 1818 y 1821, en que se puede apreciar la inspiración de aguafuertes italianos del siglo XVIII, en la estela de las *Vedute di Roma* de Piranesi. En general, su obra, aunque tiene que ver con los espectáculos visuales de su época como dioramas y fantasmagorías de entretenimiento, también recoge aportaciones cultas como las de los arquitectos utópicos Boullé, Ledoux o Lequeu. Porque no cabe duda de que John Martin fue un auténtico visionario, quizá todo ello como sublimación artística de la tremenda inestabilidad mental que rodeaba a su familia, que desarrolló, entre otros, planes e invenciones para el abastecimiento de agua pura a Londres, y para introducir un

tren subterráneo. Algunas de estas ideas, en las que despilfarró su cuantiosa fortuna, fueron llevadas a cabo sólo después de su muerte. Sí se anticipó, sin embargo, con *La era de los saurios*, representaciones de dinosaurios en un hábitat recreado, febril más riguroso, «científicamente», al *Origen de las especies* (1859) de Charles Darwin



Buenos Aires, 1971



Spoletto, 1974